

El Papa Benedicto XVI con nosotros



CUANDO esta Hoja Diocesana llegue a nuestros lectores, el Papa Benedicto XVI estará ya con nosotros, en España. El sábado 6 de noviembre y el domingo 7 el Santo Padre viaja a Santiago de Compostela dentro del Año Jubilar, y a Barcelona para la dedicación del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia.

Serán dos jornadas de hondo contenido espiritual y en las que la comunidad católica de España vivirá con especial intensidad la comunión eclesial. ¡Bienvenido, Santo Padre! Estamos muy contentos de su presencia entre nosotros, que nos confirma en la fe y nos ayuda a profundizar en nuestro compromiso cristiano.

Además, esta visita viene a ser como prólogo de la que tendrá lugar el año próximo, en agosto, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011. Gracias también, Santo Padre, por el apoyo que brinda a los jóvenes en medio de esta sociedad a veces tan desorientada.

Como decíamos la semana pasada, desde la noble tierra aragonesa, santificada por la presencia maternal de la Santísima Virgen del Pilar, nos unimos en la oración al Papa Benedicto XVI y pedimos al Señor, una y mil veces, “fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor”.

Con ocasión de esta Visita, publicamos íntegro el MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011 (página 3 y ss).

EVANGELIO

Lucas 20,27-38



"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección y le preguntaron: -Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.

Jesús les contestó: -En esta vida hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos sino de vivos: porque para él todos están vivos".

Palabra de Dios para la semana

7, domingo: XXXII ORDINARIO. 2M 7,1-2.9-14; Sal 16; 2Ts 2,16-3,5; Lc 20,27-38. Cuarta semana del Salterio.

8, lunes. 1Tt 1,1-9; Sal 23; Lc 17,1-6.

9, martes. Fiesta: La Dedicación de la Basílica de Letrán. Ez 47,1-2.8-9.12; Sal 45; 1Co 3,9c-11.16-17; Jn 2,13-22.

10, miércoles. San León Magno. Tt 3,1-7; Sal 22; Lc 17,11-19. En Tarazona: San Millán.

11, jueves. San Martín de Tours. Flm 7,20; Sal 145; Lc 17,20-25.

12, viernes. San Josafat. 2Jn 4-9; Sal 118; Lc 17,26-37.

13, sábado. San Leandro. 3Jn 5-8; Sal 111; Lc 18,1-8.

14, domingo: XXXIII ORDINARIO. Mt 3,19-20a; Sal 97; 2Ts 3,7-12; Lc 21,5-19.

Eternidad, no longevidad

De la mano de San Lucas el año litúrgico va llegando a su fin, y con él también su relato viajero de la subida de Jesús a Jerusalén, término de su vida terrestre. Por eso el tema que nos acompañará en estos tres últimos domingos de nuestro año cristiano, será el tema del paso a la vida nueva.

Es posible que algunas predicaciones sobre los "novísimos" (muerte, juicio, eternidad) se hayan hecho inadecuadamente, generando más un pánico temeroso que una esperanza serena. La Iglesia, fiel a la herencia de su Señor, no pretende acorrallar entre miedos y amenazas la libertad del hombre. No obstante, no por ello puede callarse sobre la suerte feliz o infeliz que a todos nos espera en la tierra definitiva, en ese hogar del Padre Dios en el que Jesús nos ha preparado morada.

Pero no es lo mismo creer en la vida eterna que en la vida larga, y hoy se practica un frenético culto a la vida larga con toda una ascética casi religiosa: aeróbic, herbolarios, dietas alimenticias, naturismo... todo lo cual, obviamente, está bien, pero deja de estarlo cuando achata el horizonte existencial del hombre, cuando reduce el aprecio y la pasión por la vida a una cuestión de estética o de cosmética. Confundir la felicidad con una fórmula antiarruga o con un plan adelgazante, es cambiar la eternidad por la lon-

gevidad, la casa de Dios por el gimnasio o la sauna, la adhesión a la vida toda por el apego a la mocedad.

Habrà un momento de gran verdad para todos, un momento en el que se *verificará* (hacer la verdad) nuestra vida: el momento de la muerte. Entonces, desnudos de poses y de intereses creados, podremos *verificar* aquello que decía san Francisco: "somos lo que somos ante Dios, y nada más" (Admonición 19).

La eternidad ya ha comenzado para nosotros con la vida. Somos inmortales. Vivir teniendo presente este momento significa vivir con la voluntad de no querer improvisarlo como quien se resiste ante un encuentro indeseado pero inevitable. Más bien es vivir en lo cotidiano siendo lo que somos en la mente y en el corazón de Dios, es decir, realizando su diseño, su designio sobre nosotros, su proyecto sobre todos y cada uno. Nuestro corazón nos reclama que las cosas más bellas, las más amadas, empezando por la misma vida y el mismo amor, no tengan ocaso. Este es nuestro destino feliz, bienaventurado y dichoso, que ha comenzado *ya* aunque *todavía* no haya llegado a su plena manifestación.

† Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo
Adm. Apost. de Huesca y Jaca

ESTA SEMANA...

San Martín de Tours (11 de Noviembre)

Es uno de los primeros santos elevado a los altares sin haber sufrido martirio. Nacido en la Panonia húngara, fue soldado y con 22 años dejó la carrera militar para entregarse sólo a Dios y a los pobres. Se cuenta que preparándose para el bautismo, partió con la espada su capa para abrigar a un pobre; en él había vestido a Cristo. En Poitiers trabajó junto a san Hilario y más tarde fundó un monasterio en Ligugé al que dió la regla de san Basilio. Designado obispo de Tours el año 370, recorrió amplias regiones de Francia y Alemania, rodeado de monjes misioneros. Murió en Candes, el año 397, sobre la ceniza penitencial y con los ojos buscando el cielo. Decía: "Señor, si aún puedo hacer algo en la tierra, no rehúso el trabajo; sólo quiero tu voluntad". Su sepulcro en Tours sería pronto cita de veneración general. La devoción a San Martín se extendió por todo Europa. Es uno de los santos más venerados en Aragón, donde tiene dedicadas numerosas iglesias y ermitas.



Intenciones para el mes de noviembre. De la Conferencia Episcopal Española: "Que mediante el ejemplo y la intercesión de los mártires del siglo XX en España, el pueblo cristiano se vea fortalecido en la fe, animado en la esperanza y enardecido en la caridad".

RECUERDA

“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (cf. Col 2, 7)

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011

Queridos amigos

Pienso con frecuencia en la *Jornada Mundial de la Juventud* de Sydney, en el 2008. Allí vivimos una gran fiesta de la fe, en la que el Espíritu de Dios actuó con fuerza, creando una intensa comunión entre los participantes, venidos de todas las partes del mundo. Aquel encuentro, como los precedentes, ha dado frutos abundantes en la vida de muchos jóvenes y de toda la Iglesia. Nuestra mirada se dirige ahora a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid, en el mes de agosto de 2011. Ya en 1989, algunos meses antes de la histórica caída del Muro de Berlín, la peregrinación de los jóvenes hizo un alto en España, en Santiago de Compostela. Ahora, en un momento en que Europa tiene que volver a encontrar sus raíces cristianas, hemos fijado nuestro encuentro en Madrid, con el lema: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. Col 2, 7). Os invito a este evento tan importante para la Iglesia en Europa y para la Iglesia universal. Además, quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros.

1. En las fuentes de vuestras aspiraciones más grandes

En cada época, también en nuestros días, numerosos jóvenes sienten el profundo deseo de que las relaciones interpersonales se vivan en la verdad y la solidaridad. Muchos manifiestan la aspiración de construir relaciones auténticas de amistad, de conocer el verdadero amor, de fundar una familia unida, de adquirir una estabilidad personal y una seguridad real, que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Al recordar mi juventud, veo que, en realidad, la estabilidad y la seguridad no son las cuestiones que más ocupan la mente de los jóvenes. Sí, la cuestión del lugar de trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, pero al mismo tiempo la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdernos en la mediocridad de la vida

aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza. Ciertamente, eso dependía también de nuestra situación. Durante la dictadura nacionalsocialista y la guerra, estuvimos, por así decir, “encerrados” por el poder dominante. Por ello, queríamos salir afuera para entrar en la abundancia de las posibilidades del ser hombre. Pero creo que, en cierto sentido, este impulso de ir más allá de lo habitual está en cada generación. Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente. San Agustín tenía razón: nuestro corazón está inquieto, hasta que no descansa en Ti. El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su “huella”. Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz. Entonces comprendemos que es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Dios es la fuente de la vida; eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría: «sin el Creador la criatura se diluye» (Con. Ecum. Vaticano. II, Const. *Gaudium et Spes*, 36). La cultura actual, en algunas partes del mundo, sobre todo en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio –como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia–, se constata una especie de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza.

Por este motivo, queridos amigos, os invito a intensificar vuestro camino de fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Vosotros sois el futuro de la sociedad y de la Iglesia. Como escribía el apóstol Pablo a los cristianos de la ciudad de Colosas, es

vital tener raíces y bases sólidas. Esto es verdad, especialmente hoy, cuando muchos no tienen puntos de referencia estables para construir su vida, sintiéndose así profundamente inseguros. El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento. Vosotros, jóvenes, tenéis el derecho de recibir de las generaciones que os preceden puntos firmes para hacer vuestras opciones y construir vuestra vida, del mismo modo que una planta pequeña necesita un apoyo sólido hasta que crezcan sus raíces, para convertirse en un árbol robusto, capaz de dar fruto.

2. Arraigados y edificados en Cristo

Para poner de relieve la importancia de la fe en la vida de los creyentes, quisiera detenerme en tres términos que san Pablo utiliza en: «*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*» (cf. Col 2, 7). Aquí podemos distinguir tres imágenes: “arraigado” evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; “edificado” se refiere a la construcción; “firme” alude al crecimiento de la fuerza física o moral. Se trata de imágenes muy elocuentes. Antes de comentarlas, hay que señalar que en el texto original las tres expresiones, desde el punto de vista gramatical, están en pasivo: quiere decir, que es Cristo mismo quien toma la iniciativa de arraigar, edificar y hacer firmes a los creyentes.

La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan estabilidad y alimento. Sin las raíces, sería llevado por el viento, y moriría. ¿Cuáles son nuestras raíces? Naturalmente, los padres, la familia y la cultura de nuestro país son un componente muy importante de nuestra identidad. La Biblia nos muestra otra más. El profeta Jeremías escribe: «Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto» (*Jer 17, 7-8*). Echar raíces, para el profeta, significa volver a poner su confianza en Dios. De Él viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad. «Dios nos ha dado vida

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011



La Cruz de los jóvenes y el Icono de la Virgen estarán en la Diócesis de Zaragoza del 16 al 23 de diciembre.

mismo. No cuenta la realización de mis propios deseos, sino su voluntad. Así, la vida se vuelve auténtica.

Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo (cf. *Col 2, 7*), así como una casa está construida sobre los cimientos. En la historia sagrada tenemos numerosos ejemplos de santos que han edificado su vida sobre la Palabra de Dios. El primero Abrahán. Nuestro padre en la fe obedeció a Dios, que le pedía dejar la casa paterna para encaminarse a un país desconocido. «Abrahán creyó a Dios y se le contó en su haber. Y en otro pasaje se le llama “amigo de Dios”» (*St 2, 23*). Estar arraigados en Cristo significa responder concretamente a la

llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Jesús mismo reprende a sus discípulos: «¿Por qué me llamáis: “¡Señor, Señor!” y no hacéis lo que digo?» (*Lc 6, 46*). Y recurriendo a la imagen de la construcción de la casa, añade: «El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida» (*Lc 6, 47-48*).

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que “cavó y ahondó”. Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que se revelan como engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esforzaos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida. Apoyaos, en

eterna y esta vida está en su Hijo» (*1 Jn 5, 11*). Jesús mismo se presenta como nuestra vida (cf. *Jn 14, 6*). Por ello, la fe cristiana no es sólo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo. El encuentro con el Hijo de Dios proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia. Cuando comenzamos a tener una relación personal con Él, Cristo nos revela nuestra identidad y, con su amistad, la vida crece y se realiza en plenitud. Existe un momento en la juventud en que cada uno se pregunta: ¿qué sentido tiene mi vida, qué finalidad, qué rumbo debo darle? Es una fase fundamental que puede turbar el ánimo, a veces durante mucho tiempo. Se piensa cuál será nuestro trabajo, las relaciones sociales que hay que establecer, qué afectos hay que desarrollar... En este contexto, vuelvo a pensar en mi juventud. En cierto modo, muy pronto tomé conciencia de que el Señor me quería sacerdote. Pero más adelante, después de la guerra, cuando en el seminario y en la universidad me dirigía hacia esa meta, tuve que reconquistar esa certeza. Tuve que preguntarme: ¿es éste de verdad mi camino? ¿Es de verdad la voluntad del Señor para mí? ¿Seré capaz de permanecerle fiel y estar totalmente a disposición de Él, a su servicio? Una decisión así también causa sufrimiento. No puede ser de otro modo. Pero después tuve la certeza: ¡así está bien! Sí, el Señor me quiere, por ello me dará también la fuerza. Escuchándole, estando con Él, llego a ser yo

cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

3. Firmes en la fe

Estad «arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cf. *Col 2, 7*). La carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta de los cristianos de la ciudad de Colosas. Aquella comunidad, de hecho, estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces. En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un “paraíso” sin Él. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva. Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral.

El apóstol Pablo recuerda a los hermanos, contagiados por las ideas contrarias al Evangelio, el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo “necedad” (*1 Co 1, 23*), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. Por ello, también yo, como Sucesor del apóstol Pedro, deseo confirmaros en la fe (cf. *Lc 22, 32*). Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y

nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atenaza nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a los enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad.

Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.

4. Creer en Jesucristo sin verlo

En el Evangelio se nos describe la experiencia de fe del apóstol Tomás cuando acoge el misterio de la cruz y resurrección de Cristo. Tomás, uno de los doce apóstoles, siguió a Jesús, fue testigo directo de sus curaciones y milagros, escuchó sus palabras, vivió el desconcierto ante su muerte. En la tarde de Pascua, el Señor se aparece a los discípulos, pero Tomás no está presente, y cuando le cuentan que Jesús está vivo y se les ha aparecido, dice: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo» (*Jn 20, 25*).



También nosotros quisiéramos poder ver a Jesús, poder hablar con Él, sentir más intensamente aún su presencia. A muchos se les hace hoy difícil el acceso a Jesús. Muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona. Por ello, a lo largo de mis años de estudio y meditación, fui madurando la idea de transmitir en un libro algo de mi encuentro personal con Jesús, para ayudar de alguna forma a ver, escuchar y tocar al Señor, en quien Dios nos ha salido al encuentro para

(Pasa a la página 6)

Escribe nuestro Obispo

Ayuda para ayudar: día de la Iglesia diocesana



Queridos hermanos y amigos: paz y bien. Nos hacemos mil preguntas sobre la ayuda que podemos ofrecer a quienes tienen menos que nosotros. Despejamos la picaresca de quien pidiéndonos ayuda nos puede engañar, y despejamos igualmente nuestro propio cinismo que se atrinchera ante la picaresca para no soltar un duro. Así andamos de inseguros y ambiguos a la hora de ayudar. Pero la realidad es siempre dura, incluso terca, cuando nos tiende su mano mendiga y no tenemos tiempo de elucubrar nuestro pretexto y escabullirnos con una excusa.

Que cualquiera nos puede engañar es un dato que pertenece a la historia de los humanos. Pero eso no legitima que veamos a cada prójimo necesitado como un presunto delincuente, un atisbo de bandido, alguien que de seguro nos clavará la espada de su engaño para sacarnos partido. Otra cosa es que tengamos los ojos avizores abiertos desde la prudencia. Y que acertemos a encauzar nuestra ayuda solidaria de la mejor manera, del modo más seguro cuando se trata de que llegue nuestro gesto al destino del necesitado real y verdadero.

La Iglesia Católica desde el principio señaló la caridad como la virtud que nos asemeja más a la entraña de Dios Amor. Y la caridad es el nombre cristiano con su particular denominación de origen, de ese otro nombre noblemente humano que es la solidaridad que se entrega y comparte con un hermano. Dios ha hecho precisamente esto al hacerse hombre dándonos así el gesto supremo de la entrega amorosa.

Por este motivo los cristianos hemos ido escribiendo a lo largo de los siglos las páginas más hermosas de ese amor que siendo distinto cuando tiene a Dios o al hombre como destinatario, es siempre un amor inseparable. Distinto pero inseparable. Tantas obras educativas, asistenciales, sanitarias, culturales, que han ido contando en cada tiempo y lugar, que amamos a Dios sin hacerlo contra el hombre. Hospitales, leproserías, colegios para niños y jóvenes, centros para ancianos, locales de acogida de transeúntes y marginados de todas las clases, instituciones de rehabilitación de alcohólicos y toxicómanos, viviendas para los que viven sin techo, ámbitos de humana dignidad para refugiados políticos o víctimas de malos tratos o ex presidiarios. Y junto a toda esa labor asistencial, hemos querido cuidar el arte y la cultura que testimonia la belleza y la bondad en la escultura, en la pintura, en la arquitectura, en la música y en la literatura.

El próximo domingo celebramos el día de la iglesia diocesana. No es el día de un extraño orgullo, sino el día en el que con sencillez y sin complejos pedimos ayuda para poder ayudar. Quienes no tienen miradas torcidas, saben que las manos de la Iglesia tienen nombre en cada Diócesis: Cáritas, Manos Unidas, Conferencias de San Vicente, y un largo etcétera de una red solidaria que conjuga el abrazo samaritano a los mil heridos en el camino, con el gesto precioso y preciso de abrazar a Dios que en nuestros hermanos más necesitados esperan nuestro apoyo.

En estos momentos de especial carencia en tantas personas, y de tanto desprecio por la presencia católica en una sociedad neopagana, nos atrevemos a pedir con sencillez una ayuda para que la Iglesia Diocesana pueda seguir ayudando en todos los frentes en los que se reclama nuestra presencia cristiana. Los indigentes de todas las penurias sociales, los hambrientos de una fe verdadera, los niños, jóvenes y ancianos con sus demandas y necesidades, las familias y sus tremendos desamparos y desafíos, nos están esperando. Dios sea bendito si podemos allegarles con lo mejor de nuestro amor que se hace caridad solidaria.

Recibid mi afecto y mi bendición.

† Fr. Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo. Adm. Apost. de Huesca y Jaca

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD 2011

(Viene de la página 5)

darse a conocer. De hecho, Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20, 27). También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca en modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda.

Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conocedle mediante la lectura de los Evangelios y del Catecismo de la Iglesia Católica; hablad con Él en la oración, confiad en Él. Nunca os traicionará. «La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado» (Catecismo de la Iglesia Católica, 150). Así podréis adquirir una fe madura, sólida, que no se funda únicamente en un sentimiento religioso o en un vago recuerdo del catecismo de vuestra infancia. Podréis conocer a Dios y vivir auténticamente de Él, como el apóstol Tomás, cuando profesó abiertamente su fe en Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!».

5. Sostenidos por la fe de la Iglesia, para ser testigos

En aquel momento Jesús exclama: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto» (Jn 20, 29). Pensaba en el camino de la Iglesia, fundada sobre la fe de los testigos oculares: los Apóstoles. Comprendemos ahora que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino que, mediante el Bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal. El Credo que proclamamos cada domingo en la Eucaristía nos protege precisamente del peligro de creer en un Dios que no es el que Jesús nos ha revelado: «Cada



creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros» (Catecismo de la Iglesia Católica, 166). Agradecemos siempre al Señor el don de la Iglesia; ella nos hace progresar con seguridad en la fe, que nos da la verdadera vida (cf. Jn 20, 31).

En la historia de la Iglesia, los santos y mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos; en la fe han encontrado la fuerza para vencer las propias debilidades y superar toda adversidad. De hecho, como dice el apóstol Juan: «¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Jn 5, 5). La victoria que nace de la fe es la del amor. Cuántos cristianos han sido y son un testimonio vivo de la fuerza de la fe que se expresa en la caridad. Han sido artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios; se han comprometido en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos. La caridad que brota de la fe les ha llevado a dar un testimonio muy concreto, con la palabra y las obras. Cristo no es un bien sólo para nosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás. En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero: son muchos los que desean recibir esta esperanza. Ante la tumba del amigo Lázaro, muerto desde hacía cuatro días, Jesús, antes de volver a llamarlo a la vida, le dice a su hermana Marta: «Si crees, verás la gloria de Dios» (Jn 11, 40). También vosotros, si creéis, si sabéis vivir y dar cada día testimonio

de vuestra fe, seréis un instrumento que ayudará a otros jóvenes como vosotros a encontrar el sentido y la alegría de la vida, que nace del encuentro con Cristo.

6. Hacia la Jornada Mundial de Madrid

Queridos amigos, os reitero la invitación a asistir a la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Con profunda alegría, os espero a cada uno personalmente. Cristo quiere afianzaros en la fe por medio de la Iglesia. La elección de creer en Cristo y de seguirle no es fácil. Se ve obstaculizada por nuestras infidelidades personales y por muchas voces que nos sugieren vías más fáciles. No os desaniméis, buscad más bien el apoyo de la comunidad cristiana, el apoyo de la Iglesia. A lo largo de este año, preparaos intensamente para la cita de Madrid con vuestros obispos, sacerdotes y responsables de la pastoral juvenil en las diócesis, en las comunidades parroquiales, en las asociaciones y los movimientos. La calidad de nuestro encuentro dependerá, sobre todo, de la preparación espiritual, de la oración, de la escucha en común de la Palabra de Dios y del apoyo recíproco.

Queridos jóvenes, la Iglesia cuenta con vosotros. Necesita vuestra fe viva, vuestra caridad creativa y el dinamismo de vuestra esperanza. Vuestra presencia renueva la Iglesia, la rejuvenece y le da un nuevo impulso. Por ello, las Jornadas Mundiales de la Juventud son una gracia no sólo para vosotros, sino para todo el Pueblo de Dios. La Iglesia en España se está preparando intensamente para acogeros y vivir la experiencia gozosa de la fe. Agradezco a las diócesis, las parroquias, los santuarios, las comunidades religiosas, las asociaciones y los movimientos eclesiales, que están trabajando con generosidad en la preparación de este evento. El Señor no dejará de bendecirlos. Que la Virgen María acompañe este camino de preparación. Ella, al anuncio del Ángel, acogió con fe la Palabra de Dios; con fe consintió que la obra de Dios se cumpliera en ella. Pronunciando su “fiat”, su “sí”, recibió el don de una caridad inmensa, que la impulsó a entregarse enteramente a Dios. Que Ella interceda por todos vosotros, para que en la próxima Jornada Mundial podáis crecer en la fe y en el amor. Os aseguro mi recuerdo paterno en la oración y os bendigo de corazón.

Vaticano, 6 de agosto de 2010, Fiesta de la Transfiguración del Señor.

Benedictus PP XVI



APUNTES PARA EL DÍA A DÍA (211)

La Iglesia viviente sujeto portador de la Tradición

Nunca hasta la reforma protestante fueron vistas como separadas y alternativas la Biblia y la Tradición, la Biblia y la Iglesia.

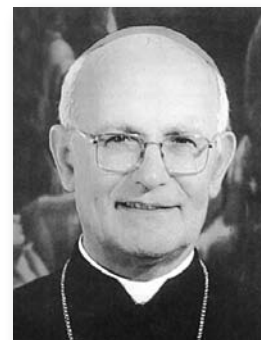
La palabra divina del origen permaneció viva en la memoria, en la inteligencia y en la acción de la Iglesia. La Iglesia no agotaba toda su conciencia de la revelación divina originaria al darle una transposición al texto escrito, inspirado por el Espíritu Santo.

La Iglesia viviente es el sujeto portador de la Tradición, que por su entera vida y sus múltiples formas, mantiene vivo ese don, que no es de orden intelectual solo. La sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos (San Hilario de Poitiers y San Jerónimo). En efecto, la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios y el Espíritu Santo le da la interpretación

espiritual de la Escritura (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* n.113). “La Escritura se debe interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12).

La Tradición es la Revelación divina explicitada, interpretada, realizada; y como resultado de todo ello acreditada.

El momento supremo de esa transmisión no es sólo de la palabra sino de la realidad misma de Cristo, en la Liturgia, especialmente en la Eucaristía.



† Elías Yanes, Arzobispo Emérito de Zaragoza

LIBROS**Santa María del Pilar, una tradición viva**

Este año, coincidiendo con las fiestas del Pilar, HERALDO DE ARAGÓN ha publicado un coleccionable que ha tenido una estupenda acogida. Según dice monseñor Ureña en la presentación de la obra: “es un estudio profundo y riguroso. Los autores que han participado en su redacción abordan esta investigación desde diferentes puntos de vista, pero siempre con un denominador común: intentar exponer el estado actual de conocimiento sobre esta antiquísima tradición, proporcionando a los lectores todo el bagaje de conocimiento custodiado en las diferentes fuentes documentales, históricas, artísticas y arqueológicas consultadas”.

Han colaborado en la publicación: A. Mostalac, D. J. Buesa, N. Boloqui, A. Ansón, I. De Miguel, J. A. Casabón, T. Domingo, W. Rincón, E. Casorrán, J. Aladrén, J. E. Pasamar y E. Ester

Estos son los títulos de los fascículos, que se ofrecen con numerosas fotografías, algunas inéditas: “Los orígenes del cristianismo en Caesar Augusta. Tradición y Arqueología”; “Un espacio para la tradición. Desde la casa romana a la Santa Capilla”; “La capilla de Santa María del Pilar en la Edad Media”; “La nueva Santa Capilla del Pilar. Su construcción y decoración”; “La venida de la Virgen. Una secular tradición”; “La madre Ágreda y la Virgen del Pilar. Relato de la Venida escrito en el siglo XVII”; “Iconografía de la Virgen. En la Basílica de Nuestra Señora del Pilar”; “El milagro de Calanda y otros favores extraordinarios de Nuestra Señora del Pilar”; “Celebraciones marianas. Fiesta litúrgica de la Venida y conmemoración del XIX centenario” y “La tradición pilarista en la actualidad”.

**PINCELADAS****Una tienda para el emperador**

Fátima era hija de un hilandero y aprendió muy bien el oficio. Navegaron para vender la mercancía. Naufragaron y su padre pereció. Recogieron a Fátima unos tejedores y aprendió a tejer. También navegaron y naufragaron. Un amo la recogió. La llevó a Estambul y le enseñó a hacer mástiles. Navegaron hacia Java, pero naufragaron en las costas de China.

Según una leyenda, una hermosa extranjera llegaría a China, y sabría hacer una sólida tienda para el emperador. No había cuerdas, ni tela, ni mástiles, y presentó la tienda al emperador, y se casó con el príncipe heredero. Dios saca bienes de los males. Confiar en Dios, pero no quedarnos con los brazos cruzados. Tres terribles naufragos no pudieron doblegar la energía emprendedora de Fátima.

Justo López Melús



DIA DE LA IGLESIA DIOCESANA 2010. El próximo domingo, 14 de noviembre, celebraremos la Jornada anual de ORACION y COLECTA a favor de la Iglesia Diocesana con un lema muy expresivo: “La Iglesia, comunidad de fe, caridad y esperanza”. Haz que la labor pastoral y asistencial de la Iglesia siga creciendo con tu participación y tu donativo o suscripción periódica.

OBRA HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS EN LA SELVA (III)

Los primeros exploradores denominaron a la selva “el infierno verde”. En la Amazonia peruana resisten diversas tribus indígenas que tienen escasa o nula relación con el hombre blanco.

“San Juan de Dios” realiza, con ayuda de una lancha medicalizada, diversas salidas a poblados que por su remota situación geográfica carecen de atención sanitaria. Estas gentes sufren problemas por endogamia y enfermedades introducidas por cazadores y maderistas ilegales, que en los años 80 trataron de explotar los recursos de estos lugares que hoy son “pulmón del mundo”. En algunos casos fue precisa la intervención del Ejército para la expulsión de estos depredadores. Ya desde hace algunos años es necesario un visado del Gobierno peruano para acceder a esta zona de reserva.

Me siento afortunado de haber podido conocer al ser humano en esencia pura y en plena armonía con la naturaleza. Desde España he traído medicinas donadas por las farmacias de Sabiñánigo. Su destino, una posta médica de San Juan en una zona de reserva.

Me desplazo en avioneta hasta la ciudad de Iquitos, puerto del río Amazonas. Allí me embarco en un ferry que remontan este río y el Marañón. El barco es austero; en el piso superior instalo una hamaca colgándola en unas vigas de hierro.

Las medicinas son un preciado botín para el mercado negro. En esta zona todavía quedan terroristas de Sendero Luminoso, por lo que los asaltos son frecuentes, así que decido introducir las medicinas en un saco de arroz, intentando que pasen desapercibidas y que a su vez evite la humedad ambiental.

El dinero lo llevo cosido en mi ropa interior. El viaje transcurre sin incidentes durante todo el día y parte de la noche. Hacia las dos de la madrugada el capitán me avisa que mi destino está cerca.

El ferry tiene prohibido parar en la entrada de la Reserva, así que desciendo al piso inferior y desde allí tendré que saltar a una pequeña embarcación que, tripulada por unos indígenas, se sitúa (casi zozobrando por la corriente del ferry) junto al barco. Salto cargado con las medicinas y una gran mochila con el equipo preciso para pasar unos días en la selva.

Después de unos treinta minutos en canoa llegamos al puesto de control de acceso a la Reserva, allí toman nota de mi documentación y firmo varios impresos en los que se me pone al corriente del comportamiento que debo mostrar en la Reserva y de los riesgos que puedo correr.

En el libro de registro puedo apreciar que son apenas doscientas personas desde 1988 las que han pasado por allí, entre ellas un equipo de Televisión Española encabezado por el doctor Giménez del Oso.

El viaje continúa lentamente por el río Samiria para desviarnos por un afluente. Los ruidos y las sombras de la noche me sobrecogen. Cuando amanece puedo apreciar que el color de sus aguas es negro (teñidas por la putrefacción de las hojas caídas de los árboles). La vegetación es exuberante y poblada de fauna.



Unos delfines rosados jueguetean junto a la embarcación. No tengo adjetivos suficientes para describir ese maravilloso paisaje. Finalmente llegamos al poblado. Allí me reúno con el equipo médico de San Juan de Dios, todos ellos peruanos. ¡Soy el único blanco!

Rápidamente me presentan a un anciano huesudo y de ojos rojizos, que dice ser el chamán (brujo). Me observa atentamente e insiste en que debo someterme a un baño depurativo. Según él, los blancos estamos espiritualmente sucios (supongo que por el “buen comportamiento” que los primeros colonos tuvieron allí).

No me agradó demasiado la idea, pero me convenía mostrar respeto a aquella autoridad espiritual si quería ser plenamente aceptado en la tribu.

A media noche dos indígenas me recogen en la cabaña y con ellos me traslado en barca hasta la otra orilla del río, donde vive el chamán. Allí, en una gran marmita, me espera el

baño depurativo. Me jarrean con una maceración de hierbas malolientes. Después me hacen beber unos sorbos del mismo líquido con el que me había bañado y me pasan unas hojas prendidas y humeantes por todo el cuerpo. N cierta manera el ritual me recuerda al del bautismo de los primeros cristianos, que se producía en una pila bautismal de inmersión total y las hojas humeantes a modo de incienso.

Después de todo un día purgando mi cuerpo de esta ingesta, con agua de coco, fui invitado a una cacería con arco en la selva. Fue una hermosa experiencia y

símbolo de aceptación de sus gentes, ya que a ellas solo suele asistir un miembro de cada familia.

Gracias a la buena integración pudimos trasladar a la clínica a una niña epiléptica, diagnosticada por el chamán como endemoniada, sin duda alguna, nuestra muestra de respeto hacia sus “conocimientos” evitó un enfrentamiento cultural, con la consiguiente ineficacia de la labor que se iba a hacer.

El respeto y la humildad son el mejor idioma para llevar en la mochila.

Carlos Rufas Ramón, Sabiñánigo



ENCUENTROS DE ORACIÓN

“FIRMES EN LA FE Y GENEROSOS EN EL AMOR”

CURSO 2010-2011 • JACA

Lugar: Casa Diocesana

Horario: De 10 a 12 de la mañana

Fechas: Domingo, 10 de octubre. Domingo, 14 de noviembre. Domingo, 12 de diciembre. Domingo, 9 de enero. Domingo, 13 de febrero. Domingo, 13 de marzo. Domingo, 10 de abril. Domingo, 8 de mayo. Domingo, 12 de junio.